



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL 2019

CASTIDAD: LA ESCUELA DEL AMOR

A todos los fieles, religiosos, diáconos y sacerdotes:

*La gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del
Espíritu Santo estén con todos ustedes.*

(2 Cor 13, 13)

[1] En el poema épico, la Odisea de Homero, el héroe Ulises cuando va de regreso a casa después de la Guerra de Troya tiene que pasar por una isla encantadora donde las sirenas habitan. Estas hermosas ninfas de mar eran conocidas por seducir a los marineros hasta su muerte a través por su dulce música. Para evitar escuchar su encantadora canción, Ulises ordena a sus marineros que llenen sus oídos con cera de abejas. Con este truco, sus hombres exitosamente escapaban del fatal peligro del canto seductor de las sirenas.

[2] Al igual que el canto de las sirenas en la mitología antigua, los publicistas modernos atraen a sus audiencias con el atractivo seductor del sexo. Las compañías de negocios que venden de todo, desde ropa y automóviles hasta alimentos y productos de belleza, han adoptado la estrategia de mostrar imágenes sexuales en sus comerciales. De hecho, las imágenes seductoras y atractivas promesas de placer invaden uno de cada tres comerciales emitidos por televisión. Los anunciantes entienden que el sexo vende.

[3] En un estudio reciente realizado por el Parents Television Council, la programación televisiva destaca más promiscuidad y adulterio que la fidelidad matrimonial durante la transmisión en horario estelar. Es asombroso que el setenta por ciento de los programas de televisión para los adolescentes tienen contenido sexual. Las películas, revistas, carteles publicitarios y programas de televisión utilizan habitualmente un lenguaje sexualmente gráfico, desnudez y actividad sexual. Como resultado, la comprensión auténtica de la sexualidad humana está siendo socavada.

[4] En los años cincuenta, comedias como *Father Knows Best*, *I Love Lucy* and *The Honeymooners*, le dieron a América una imagen casta de la realidad del sexo. Estos programas exhibieron la familia tradicional de esposo y esposa, madre y padre con sus hijos biológicos. Hoy las comedias de televisión presentan divorcio, infidelidad, homosexualidad, promiscuidad, embarazos fuera del matrimonio y abortos con una regularidad que están cambiando el entendimiento Americano de la sexualidad como tal.

[5] Hoy recogemos la cosecha de ideas que sembramos en el siglo XVIII. En su despiadada horca, la Revolución Francesa, guillotiné el concepto cristiano de la persona humana, creada por Dios, y en última instancia responsable ante Él. Con el periodo de Iluminación, la razón misma se convirtió en luz que guía; y, el hombre, como una vez enseñó el filósofo griego Protágoras, era ahora, “la medida de todas las cosas.” Con el rechazo de la revelación divina como fuente de conocimiento, llegó la caída absoluta de los valores morales y el reino del relativismo. Como resultado de estos cambios filosóficos, la sexualidad humana se ha hecho meramente una imaginación social que puede cambiarse a voluntad, sin referencia a los designios del Creador. (cf. Gabriel Kuby,

CARTA PASTORAL 2019

“How a rolling sexual revolution is crushing freedom,” Julio 8, 2016).

[6] Nuestra cultura secular rechaza la sexualidad humana como un regalo dado por Dios para ser disfrutado de acuerdo a su plan. Niega la misma distinción entre el hombre y la mujer. La sociedad dice que cada individuo puede ser y escoger lo que él o ella desee. A medida que el sexo se divorcia del amor responsable de Dios al servicio de la paternidad y la maternidad, más hijos nacen fuera del matrimonio; la convivencia, la promiscuidad y la infidelidad son cada vez más comunes; y, las familias sanas son cada vez más raras (véase el Consejo Pontificio para la Familia, “La Verdad y el Significado de la Sexualidad Humana”, no. 6).

[7] La revolución sexual que se inició en los años 60 ha cambiado las actitudes de las personas acerca de la sexualidad humana. Ha llevado a leyes hechas por el hombre que contradicen la ley natural inscrita en la misma creación. Ha pisoteado la moralidad objetiva. Ha disminuido las restricciones sobre el comportamiento sexual. Ha confundido la licencia para disfrutar de la intimidad sexual con la libertad de amar a otra persona.

[8] En este ambiente, cada seguidor de Jesús es llamado a testimoniar el verdadero significado de la sexualidad humana abrazando la virtud de la castidad. Abstinencia de actividad sexual no es en sí castidad. Es meramente, “la lámpara sin el aceite” (San Buenaventura). Castidad es amor en acción. Un amor casto, de acuerdo a los designios del Creador, llevan a una libertad personal. Un amor casto, construye un ambiente saludable para la prosperidad de las familias. Castidad para los casados y solteros/as es el camino de amor auténtico.

[9] Tristemente, muchos individuos no ven la castidad como algo bueno y alcanzable. Más bien, ellos muestran la castidad como perjudicial al bienestar psicológico y emocional del individuo. Ellos argumentan que los deseos sexuales son una parte esencial de la naturaleza humana y que negarlos es antinatural. Para estos individuos, la castidad es una actitud represiva que limita el desarrollo de uno mismo. C. S. Lewis una vez comentó, “la castidad es la virtud Cristiana más odiada de todas.” Pero, no para aquellos que fielmente siguen las enseñanzas de Jesús!

[10] Dios ha impreso la capacidad fundamental para amar nuestros cuerpos mismos., Dios ha inscrito un significado nupcial sobre la sexualidad humana, al crearnos hombre o mujer, llevando al hombre y a la mujer a encontrar significado en el don de sí mismo para con el otro. Verdaderamente, “No es bueno que el hombre esté solo” (Gn. 2,18). El hombre y la mujer se dan cuenta de su potencial completo amándose uno al otro.

[11] La sexualidad, por consiguiente, no es algo puramente biológico. Ella toca el núcleo íntimo de la persona (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2332). La sexualidad afecta todos los aspectos del ser humano. Conciérne a la afectividad, la capacidad de amar y la habilidad de formar vínculos de comunión con otros. Creándonos a su propia imagen, Dios que es amor, da a cada individuo la vocación fundamental para entrar en comunión con otros a través del amor. (cf. 1Jn 4:8).

[12] En Dios, el amor es la total y completa entrega de sí mismo en cada persona de la Santísima Trinidad para el otro. De igual manera para nosotros. El amor es el don de uno mismo al otro. Pero, ningún individuo puede realmente entregarse a otro, si esa persona no ha alcanzado una posesión de sí mismo. Uno no puede regalar lo que uno no posee. Un individuo que no ha dominado sus pasiones sigue siendo dominado por ellos y no tiene el control total de sí mismo. En tal caso, el individuo carece de la entrega propia necesaria para el amor. (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2338-2339; 2346)

[13] A este lado del Jardín del Edén, el autodomínio significa una lucha diaria. Nuestra naturaleza humana sufre los resultados del rechazo que hicieron Adán y Eva sobre el plan de Dios para nuestra felicidad. Al cometer el pecado original, nuestros primeros padres rechazaron su dependencia de Dios. Desecharon las normas morales que Dios había establecido para el uso auténtico de la libertad. Su pecado no sólo destruyó la armonía de la creación sino que también destruyó “el control de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo” (cf. *ibid*, 400).

[14] Como resultado del pecado original, hay una tensión entre el cuerpo y el alma. “Cada uno de nosotros es como un jinete que debe controlar dos corceles: uno material, instintivo, revoltoso y que busca sólo sus propios placeres bajos; el otro espiritual, rebosante de nobleza, honor, y coraje. La identidad del jinete sobrevive la

CARTA PASTORAL 2019

muerte, porque es espiritual, el principio racional, el alma. Pero el corcel que es su cuerpo debe perecer” (Thomas Cahill, *Heretics and Heroes*, pg. 5).

[15] El apóstol San Pablo habla acerca de este conflicto como la rebelión de la “carne” contra el “espíritu” (cf. Ga 5, 16-24; Ef. 2, 3). Experimentamos esta rebelión como una concupiscencia, que es, el deseo fuerte o la tendencia a satisfacer nuestros apetitos sensuales sin considerar los planes de Dios. Las aguas del bautismo lavan el pecado original. Pero, los efectos del pecado original permanecen.

[16] Debido a la concupiscencia, estamos inclinados a complacer nuestros deseos en vez de controlarlos. Nuestra hambre y sed es más fácil de satisfacer que ayunar. Es más fácil perder nuestra paciencia que mantener la calma. Es inmediatamente más gratificante por el momento de complacer nuestros apetitos sexuales que controlarlos.

[17] La sexualidad humana no puede estar separada de los designios de Dios para amar. Es un don dado por Dios para unir al hombre y la mujer en un amor fiel, exclusivo y mutuo vivido dentro del compromiso matrimonial abierto a la vida. Incluso cuando hay un poco de afecto y amor en las relaciones distintas de la del esposo y la esposa, estas relaciones no son la entrega total de una persona a otra en amor fiel según el plan de Dios. Hay una contención, un egocentrismo, que inhibe la auténtica libertad de amar. (cf. *Amoris Laetitia*, 292)

[18] Cualquier actividad sexual fuera del matrimonio está fuera del plan de Dios para nuestra felicidad (cf. 1 Co 7, 4-5). En diversos grados, el adulterio, la fornicación, masturbación, control de la natalidad artificial, fertilización in vitro, relaciones del mismo sexo, cohabitación y el uso de pornografía, están debajo del significado del matrimonio que Dios desea para la sexualidad. Es por esta razón que la Iglesia invita a sus fieles a evitar estos pecados y aconseja, tanto al casado como al soltero, a ser castos. (Concejo Pontificio para la Familia, “La Verdad y el Significado de la Sexualidad Humana,” 17).

[19] Dios desea intimidad sexual en el matrimonio para dar alegría y placer a los esposos. Por medio de la expresión física de amor, ellos “se hacen dos en una sola carne” (Mc 10, 8). Dios quiere que ellos sean completos en su entrega de amor al otro, no frenando y permaneciendo abiertos a la vida. Cuando cada cónyuge reverencia el otro y expresa la entrega total de sí mismo en la intimidad sexual, el matrimonio refleja el amor mismo de Cristo sacrificado por la Iglesia. Este amor casto santifica la pareja y edifica el cuerpo de Cristo, la Iglesia. (cf. Candice Watters, “How is chastity lived out within marriage,” Sep. 1, 2008).

[20] La castidad para los casados significa no usar el cónyuge meramente para gratificación de sus propios deseos. No se usa el sexo para herir o humillar. Significa respetar al otro, no haciendo exigencias egoístas y excesivas, al igual no negarle a la esposa los derechos conyugales sin suficiente razón. El amor conyugal casto es no egoísta, es abierto al regalo de los hijos.

[21] Para los solteros, la castidad significa vivir una vida de continencia. Sin duda alguna, la misma idea de no involucrarse en actividad sexual con alguien que no está casado, es contracultural en nuestro mundo secularizado. Pero, es importante que nos demos cuenta que la actividad sexual no puede separarse de quien somos. No somos simplemente espíritu o materia. Somos ambos. Y, por lo tanto no podemos simplemente entregarnos sexualmente una y otra vez fuera del plan de Dios para el matrimonio sin menguar nuestra propia integridad.

[22] Los comprometidos que viven un noviazgo casto se preparan mejor para el matrimonio. Ellos usan su tiempo de cortejo para madurar en su relación. Crecen en respeto mutuo, sacrificio de sí mismo y fidelidad. Ellos están bien preparados para enfrentar los retos de la vida matrimonial con una fundación fuerte de paciencia, reverencia y control de sí mismos, tan necesario para un matrimonio feliz.

[23] Algunas estadísticas reportan que el sesenta por ciento de las parejas que viven juntas no llegan al matrimonio. Treinta y nueve por ciento eventualmente se separan. Parejas que viven juntas antes que se casen, tienen una tasa de divorcio del cincuenta por ciento más alta que aquellos que no lo están. La castidad antes del matrimonio es la mejor preparación para una vida de un largo compromiso matrimonial.

[24] En términos de la castidad, “los padres siempre influyen en el desarrollo moral de sus hijos, para bien o

CARTA PASTORAL 2019

para mal. Se deduce que deben asumir este papel esencial y llevarlo a cabo de manera consciente, entusiasta, razonable y apropiada.” (*Amoris Laetitia*, 259). Ambos por el ejemplo y la palabra, deben animar a sus hijos a ser modestos y castos.

[25] Tristemente, algunos padres y abuelos hacen justos lo opuesto. Aprueban las relaciones sexuales como parte del crecimiento. Frecuentemente, los hijos ven a los mayores viviendo con otros fuera del matrimonio. El testimonio de una actitud tan casual hacia la intimidad sexual socava la castidad. Algunas veces los padres animan a sus hijos a cohabitar antes del matrimonio por su silencio o aun dándoles su apoyo total. Jesús tuvo palabras fuertes para aquellos que guiaban otros al pecado (cf. Mc 9, 42).

[26] Los padres que animan a sus hijos a valorar y a vivir la virtud de la castidad, les enseñan el profundo significado del amor como entrega de sí mismo. Ellos los preparan para una vida llena de alegría en la tierra, capacitándolos para que aun ahora vean a Dios en sus vidas. San Agustín nos enseña, “la Caridad, o la pereza del corazón, ocupa un lugar glorioso y distintivo entre las virtudes, porque sólo ella permite al hombre ver a Dios; por eso la Verdad misma dijo: ‘Bienaventurados los limpios de Corazón, porque ellos verán a Dios.’ ”

[27] Mientras estemos vivos, la castidad será siempre un desafío. Incluso grandes santos como San Agustín, Francisco de Asís y Catalina de Siena, lucharon con las tentaciones. Ciertamente, durante nuestros años de adolescencia y juventud, las tentaciones que cedieron a nuestros impulsos sexuales fueron mayores. Pero ninguna edad es exenta. Debemos renovar constantemente nuestros esfuerzos para tener el control de nosotros mismos y vivir vidas santas. (cf. Tt2, 1-6). La oración y la recepción frecuente de los Sacramentos de Penitencia y la Eucaristía, nos dan la gracia y la Fortaleza para ser castos. Las obras de caridad, ir mas allá de nuestros deseos para satisfacer las necesidades de los demás, es la manera más efectiva de lidiar con las tentaciones.

[28] Somos del Señor (cf. Rm 14, 8). Él mismo nos amo hasta el punto de morir en la cruz y ahora nos regala el Espíritu Santo. En la lucha para ser casto, el Espíritu Santo nos habilita para alcanzar lo que no podemos hacer por nuestra propia cuenta (1 Jn 3, 3). Así, una vida de castidad es posible, cuando estamos en una verdadera relación con Jesús.

[29] La castidad trae su propia recompensa. “La castidad es belleza para nuestras almas, gracia para nuestros cuerpos y paz para nuestro Corazón” (Solon). Es el aprovechamiento positivo de nuestros impulsos internos para un bien mayor que la auto-satisfacción. Nos madura y nos trae paz interior. Por la castidad, tomamos el control de nosotros mismos. No estamos dominados por nuestros apetitos y pasiones. Nos somos esclavos a nuestros instintos y placeres. Cuando somos castos, somos libres y podemos darnos verdaderamente a otros en el amor. San Juan Pablo II escribió, “ Sólo el hombre casto y la mujer casta son capaces del amor verdadero.” En una palabra, la castidad es la escuela del amor.

*Dada en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson,
En la fiesta de Santa Ágata, Virgen y Mártir, el día seis de
Febrero en el año de nuestro Señor, dos mil diecinueve.*

+ Arthur J. Serratelli

*+Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson*

Sr. Joan Daniel Healy, SCC

*Hermana Joan Daniel Healy, SCC
Canciller*